

CANTO XVII

Pregunta DANTE á Caciagüida por las palabras que oyó en el Infierno y Purgatorio acerca de su vida futura; y éste le manifiesta el inminente destierro que le amenaza por la intriga de sus enemigos, que le obligará á refugiarse en la corte de los Escaligeros; lamentando hasta la perversidad maldiciente de sus propios partidarios. Luego le exhorta á que cuente á los vivos lo que ha oído entre los muertos, sin temor de que los poderosos se ofendan de su relato verídico, franco y de provechosa enseñanza.

Como á Climene fué por cerciorarse de lo que en daño suyo se decía el que aun hace á los padres no doblarse¹;

tal yo me hallaba, y tal aparecía tanto á Beatriz como á la luz eterna que antes sitio por mí mudado había².

Y aquélla dijo así:—Del pecho externa del deseo el ardor, que á su salida bien muestre el sello de la estampa interna:

no porque al saber nuestro dé subida tu hablar, sí porque puedas con más gana decir tu sed, y que te den bebida.—

—¡Oh cara cepa mía! (tan lozana, que cual ve que en triángulo presentes no caben dos obtusos mente humana,

así sabes las cosas contingentes aun antes de existir, mirando al Punto que los tiempos sin fin tiene patentes).

Mientras que con Virgilio iba yo junto, subiendo por do el ánima se cura, ó descendiendo al ámbito difunto,

de mi vida dijéronme futura palabras graves³; aunque á fe me siento roca contra los golpes de ventura.

Tendría, pues, de oír sumo contento la fortuna que el cielo me depara; que dardo visto ya, no es tan violento.—

Así le dije á aquella lumbre cara que antes hablóme; y cual Beatriz quería, así mi voluntad le expuse clara.

No por enigmas, cual la gente impía que en ellos se enredaba antes que inciso fuese el que á redimirnos vino un día,

sino con franca lengua, y con preciso hablar, repuso aquel amor paterno, brillante en medio de su propio riso:

—Todo acaso, que fuera del cuaderno de vuestro alcance material se extiende, pintado se halla ante el mirar eterno:

mas forzoso no se hace ya por ende, cual no lo es á la vista en que refleja, que el bajel siga que las olas hiende⁴.

De allí⁵, como á sonar viene á la oreja
voz del órgano dulce, así el nublado
á mi vista que el tiempo te apareja.

Y cual irse de Atenas, obligado
de ímpia madrastra á Hipólito se ha visto⁶,
tal debes de Florencia irte de grado.

Eso se quiere, y busca, y se ha previsto;
y pronto será un hecho al que hoy lo piensa,
allí do cada luz se vende á Cristo;

y te echará la culpa tras la ofensa,
cual suele, el vulgo vil: mas la venganza
celeste la verdad mostrará intensa.

Tú dejarás lo que en mayor privanza
tiene tu amor: que es esta la más grave
flecha que del destierro el arco lanza.

Tú verás cuán salado que nos sabe
pan de limosna, y del peldaño ajeno
qué angustia en el subir y bajar cabe.

Y lo que habrá de darte aún más veneno,
será la imbécil y malvada gente
con que caerás del infortunio al seno.

Que toda ingrata, pérfida, insipiente,
será en tu contra; aunque muy pronto aquélla
tendrá, no tú, que enrojecer la frente.

Prueba será que su estulticia sella
su torpe obrar; con que tu honor levanta
proceder por ti solo, aparte de ella.

Primer refugio y techo en pena tanta
te ofrecerá cortés el gran Lombardo⁷,
que ostenta sobre escala el ave santa.

Él te honrará benigno, y tan gallardo,
que entre tu ruego y su otorgar, tu ruego,
al revés de lo usual, será el más tardó.

Con él verás el que al nacer⁸, del fuego
se impregnó de esta estrella tan subido,
que ilustre en sus acciones se hizo luego.

Aun el mundo su prez no ha conocido,
que es temprana su edad, pues que nueve años
estas ruedas por él sólo han corrido.

Y antes que al gran Enrique en sus engaños
enrede el Gasco⁹, se alzaré glorioso
de riesgos y oro impávido á los daños.

Por sus magnificencias tan famoso
con el tiempo se hará, que aun al no amigo
ensalzarlas al fin será forzoso.

Él favor te dará: benigno abrigo.
Por él transformaráse mucha gente,
cambiando condición rico y mendigo.

Lleva de su valer esto en la mente;
mas no lo digas...—Y contó aquí cosas
que no creará ni aun el que esté presente.

Y añadió:—Y estas son, hijo, las glosas
de lo que oíste, y lo que está repuesto,
tras breve edad de insidias alevosas.

No á tu pueblo inquirar debes por esto;
pues que ha de prolongarse más tu vida,
que el castigo á los pérfidos impuesto¹⁰.—

Cuando ya con callar mostró cumplida
el alma pura la perfecta trama
de la tela que yo le entregué urdida,

así empecé, cual hombre que reclama
en sus dudas consejo de persona
que ve derechamente, y quiere y ama:

—Bien veo, padre, ya lo que amontona
el tiempo contra mí, por golpe darme,
que es más duro á quien débil se abandona.

De previsión, por tanto, es bien que me arme
pues si un sitio perdí, mi verso ahora
de otro sitio mejor no ha de privarme¹¹.

Allá en el mundo en que sin fin se llora,
y en el monte de donde á tanta altura
la vista me ascendió de mi señora;

y después de una en otra lumbre pura,
verdades aprendí, que si atestiguo,
serán bebida á muchos de amargura;

y si muestro en narrarlas celo exiguo,
morir temo entre aquellos indecoro
que á este tiempo dirán: *el tiempo antiguo*¹².—

La lumbre en que reía el mi tesoro
allí encontrado, antes de hablar, corusca
como rayo del sol que espeja en oro;

y dice:—La conciencia á quien ofusca
propia ó ajena mancha, y perjudica,
tu palabra, es verdad, sentirá brusca.

¿Mas qué á ti? La visión entera explica,
y lo falso apartando, manifiesta,
y deja que se rasquen do les pica;

que si al primer sabor cansa y molesta
tu poción, luego activo nutrimento
al cuerpo dejará cuando digesta.

Y será la voz tuya como el viento
que más sacude el pino más alzado;
y eso dará á tu honor más crecimiento.

Ya ves que en estos globos has hallado
y en el monte y el valle de amargura
almas sólo de gentes de alto estado;

porque el que oye, la mente no asegura,
ni cree en ejemplos cuyo origen sea
de dudosa raíz baja y obscura,
sino en lo que más alto y más se vea.—

CANTO XVIII

Muéstranse al Poeta otras almas gloriosas que combatieron por la santa causa. Pasa al planeta Júpiter, donde son bienaventurados los que amaron la justicia y la administraron á los pueblos. Muchos espíritus lucientes se forman haciendo letras: se ordenan después componiendo palabras; y, finalmente, figuran una águila coronada, como símbolo de la justicia del imperio.

Recogíase ya sólo en su Verbo
aquella alma bendita, y yo templaba
en el mío lo dulce con lo acerbo;

y la mujer que á Dios me levantaba,
dijo:—Muda el pensar, y que estoy piensa
junto Aquél que las culpas todas lava.—

Yo, al dulce són de aquella á mí propensa
volvíme; y aquí callo cuanto había
en sus ojos de amor y gracia inmensa;

no por sólo temor del habla mía,
sino porque con peso tal mi mente
cargar no puede, si otro no la guía.

Y de ese punto es bien que sólo cuente,
que al remirlarla yo, mi libre afecto
capaz de otro deseo no se siente.

Mientras el placer eterno que directo
en la faz de Beatriz daba radiante,
gozar me hacía del segundo aspecto¹,

venciéndome al lucir de riso amante,
ella me dijo:—Vuélvete y atiende;
que no está el Paraíso en mi semblante.—

Como á veces aquí ves que se enciende
en la vista el deseo, cuando es tanto,
que por todo el espíritu trasciende,

conoci en el flamear del fuego santo
(al cual volvíme) que su luz se antoja
con el deseo de aun hablarme un tanto.

Y dijo:—En esta quinta esfera roja
del árbol que se nutre de la cima,
y fruta siempre da sin perder hoja,

beatas ánimas hay, cuya alta estima,
antes de acá subir, allá se extiende,
á las Musas cosecha dando opima.

Mas á los brazos de la Cruz atiende:
el que ora nombre, mostrará el aspecto
que ofrece en nube el lampo que la hiende.—

Y nombrado Josué², veloz trayecto
de luz vi en ella; y á la vista mía,
aun antes que al decir, llegó el efecto.

y al Macabeo nombre que decía,
otro vi; y en las vueltas que iba dando
era cuerda del trompo la alegría.

Después á Carlomagno y á Rolando
siguió, con doble acción, mi vista atenta,
como el ojo al azor que va volando.

Luego en la Cruz Guillermo se presenta:
Gofredo tras Rinuardo es á mi vista;
y á Roberto Guiscardo allí se cuenta.

Y luego, con las otras luces mista,
mostróme el alma que me había hablado,
que entre divos cantores era artista³.

Y yo volvíme á mi derecho lado,
por mirar de Beatriz lo que hacer deba
en palabras ó señas expresado;

y sus ojos arder con luz tan nueva
vi, que de su mirar el fulgimiento
ventaja al anterior y á todos lleva.

Y como el hombre en el mayor contento
que siente de hacer bien, de día en día
ve que va su virtud siempre en aumento,

yo así noté que el arco se extendía
en que yo con el cielo vueltas daba,
viendo cómo el milagro aquel lucía⁴.

Y como blanca dueña que recaba
en breve la color que hubo perdido
cuando el rubor de su mejilla acaba,

tal, al volverme, el cielo emblanquecido
vi del albor que del templado toma
sexto globo que en sí me ha recibido.

Y vi que en el Jovial planeta asoma
al fulgir del amor que dentro era,
la escritura veraz de nuestro idioma.

Y cual aves, en riba placentera,
como en festejo y gozo á sus pasturas,
forman de sí, ya círculos, ya hileras,

así envueltas en luz, santas criaturas
voltigeando cantaban y tomaban
de *D*, de *Y*, de *L*, las figuras.

Primero al són de su cantar giraban:
trocadas luego en letras sus beldades,
un poco deteníanse, y callaban.

¡Oh diva Pagasea⁵, á quien edades
largas vivir con fama el genio debe,
como al genio la deben las ciudades!

Ilumíname tú, porque releve
sus figuras cual helas concebido:
tu potencia haga ver mi verso breve.

Por cinco veces siete se mostraron,
vocales, consonantes, que en letreros
y en partes, como expreso, se formaron.

Diligite justitiam los primeros
nombre y verbo allí vide, bien distinto:
qui judicatis terram, los postreros⁶.

Luego en la *M* del vocablo quinto
quédanse en orden tal, que parecía
Jove esfera de plata en áureo cinto.

Y á lo alto de la *M* bajar vía
 otras luces también, y allí pararse,
 cantando, creo, al bien que á sí las guía.

Luego, como se ven chispas alzarse
 á miles del tizón que aun no da llama
 (de do suelen los necios augurarse);

mil luces aquel centro así derrama,
 ascendiendo ésta mucho y poco aquélla,
 según las puja el sol que las inflama.

Y quieta en su lugar cada centella,
 testa y cuello de un águila ha salido
 del conjunto de tanta lumbre bella.

Guía el que traza aquello no ha tenido,
 sino que el guía es él, y dél rebosa
 la virtud de que germen toma el nido⁷.

La otra escuadra bendita, que gozosa
 antes que la *M* enliríe, centellea,
 completa el cuadro, andando poca cosa.

¡Oh dulce estrella, cuánta y cuál presea
 mostróme allí que la humanal justicia⁸,
 del cielo, en que eres joya, efecto seal

Ruego, pues, á la mente en que se inicia
 tu motu y tu virtud, mire los males
 humo del fuego que tus rayos vicia;

porque encienda sus iras celestiales
 el comprar y el vender en medio al templo
 que muraron martirios y señales.

¡Oh milicia de Dios que aquí contemplo!
 reza por los que son allá en la tierra
 hoy extraviados por infame ejemplo.

Con la espada se hacía antes la guerra:
 ora se hace de aquí y allí quitando
 el pan que padre bueno á nadie cierra.

Tú, el que escribes no más por ir borrando⁹,
 piensa que Pedro y Pablo, que murieron
 por la vid que ajas tú, te están mirando.

Mas tú dirás: *Las pruebas tantas fueron
 que por ganarme al Solitario entablo
 á quien martirio por los saltos dieron,
 que desconozco al Pescador y á Pablo.*

CANTO XIX

Habla el águila como una sola persona, aunque compuesta de varios espíritus. El Poeta le suplica que desvanezca las dudas que le atormentan respecto á la justicia de los juicios de Dios, y le pregunta si puede salvarse el que no ha conocido la fe de Cristo, y ella aprovecha esta ocasión para hablar de los malos reyes cristianos de aquel tiempo.

Era ante mí, las alas desplegadas,
la imagen bella cuyo goce hacía
el placer de las almas enlazadas.

Rubí cada una de ellas parecía
por los rayos del sol tan encendido
que lo espejaban á la vista mía.

Lo que ora á mi pintar es cometido,
jamás pluma escribió, ni brotó en estro,
ni nunca en fantasía fué imprimido;

que el pico vi y oí que hablaba diestro;
y en su acento sonaba el *Yo*, y el *Mío*,
mientras daba el concepto *Nos*, y *Nuestro*¹.

Y empezó:—Porque he sido justo y pío,
yo² exaltado aquí estoy á aquella gloria
á que ningún deseo mengua el brío.

Y en la tierra he dejado una memoria
que aunque los malos, por rubor, no ajen,
no ejemplo toman de tan pura historia.—

Cual por brasas sin fin que en copa atajen,
sale un solo calor, por mil amores³,
así un eco no más de aquella imagen.

Con que yo proseguí:—Perpetuas flores
de la eterna alegría, que por uno,
todos me hacéis oler vuestros olores,

acabadme, aspirando, el grande ayuno
que de hambre largamente me ha matado,
no hallándole en la tierra pasto alguno.

Sé bien que si en el cielo, de otro estado
el soberano Juez hace su espejo⁴,
tampoco para el vuestro está velado.

Ved cuán atentamente me aparejo
á escucharos, y ved cuál es la duda
que en ayuno tan largo me hizo viejo.—

Como halcón, del capillo ya desnuda
la cabeza, la mueve, y aletea,
y al gozo de volar, bello se muda,

así al signo vi hacer que centellea
de los que alzan á Dios plauso jocundo,
con cántico que sólo allá se emplea.

Luego empezó:—Quien su compás, del mundo
hasta el fin extendió: quien ordenara
tanto en él, ya ostensible, ya profundo,

á imprimir no llegó su virtud rara
tanto en el universo, que su Verbo
por encima infinito no quedara.

Y eso muestra que aquel primer Protervo,
la más completa y lúcida criatura
cayó, por no esperar, en fruto acerbo;

de aquí que otra cualquier menor natura
taza es breve de aquel Bien que subsiste
sin fin, y que en sí sólo halla mensura.

Así nuestro intelecto, que consiste
por fuerza en algún rayo de la Mente
de que lleno se encuentra cuanto existe,

no puede por natura ser potente
tanto, que á su divino Autor discierna,
y tan grande cual es se le presente.

Por eso, en la Justicia sempiterna,
la vista dada al hombre (te respondo)
cual ojo por el mar, dentro se interna;

que aunque junto á la playa mira el fondo,
no le ve en alta mar; y hay también seno
allí: mas no le ve, por estar hondo.

No hay luz sino la luz de lo sereno,
nunca turbada, lo demás es niebla,
ó sombra de la carne, ó su veneno.

Bastante ya he barrido la tiniebla
que te ocultaba la justicia viva
que tu mente de dudas tantas puebla.

Tú decías: *Del Indus en la riba
nace un mortal, y no hay allí quien hable
de Cristo, ni quien dél lea ni escriba:*

*su voluntad, su hacer, mejor no es dable:
son cuanto el más cabal juicio requiere,
y es, en vida y costumbres, intachable.*

*Sin la fe del bautismo, en esto, muere:
¿la justicia dó está que le condena?
¿Por qué del no creer la culpa adquiere?*

¿Y tú quién eres, que con faz serena,
por ver á leguas mil entras en liza,
con vista que distancia corta apena?

Cierto, para quien tanto sutiliza,
á no tener los Evangelios, harta
fuera esa causa á dudas movediza.

¡Oh animales de tierra y mente infarta!
la que es buena por sí, primera norma,
de sí, que es sumo bien, jamás se aparta.

Sólo es justo lo que á ella se conforma:
ningún creado bien á sí la tira,
sino que ella, radiando, es quien los forma.—

Cual sobre el nido la cigüeña gira
que á los hijos dió pasto, y libre canta,
y el más sacio á la madre atento mira,

así la vista alcé, y así la santa
imagen hizo, que de ideas tales
movida, el ala fúlgida levanta.

Y circula cantando, y dice:—Cuales
mis ecos son á quien mi hablar no entiende,
tal es el juicio eterno á los mortales.—

Los que el Espirtu Santo en horno enciende
quietos quedaron luego, en la bandera⁸
por quien el mundo á Roma el cuello tiende.

Y prosiguió:—Jamás acá subiera
á este reino quien no conoció á Cristo,
antes, ó luego que en la Cruz muriera.

Mas, mira: muchos gritan: ¡Cristo, Cristo!
que estarán, al juzgarlos, menos *prope*⁸
dél, que alguno que nunca supo á Cristo.

A esos cristianos postrará el Etiope⁷
cuando toque apartarse á las dos greyes,
rica la una por siempre, la otra inope.

¿Qué no podrá decir de vuestros reyes
el persa, cuando lea el libro abierto
do se escribe su escarnio de las leyes?

Allí entre culpas, se verá de Alberto⁸
la que ya va á escribirse prontamente,
que del reino de Praga hará un desierto.

Allí el dolor que á la senesca gente,
la moneda falseando, hará durable
el que de un jabalí morirá al diente⁹.

Se verá la soberbia allí insaciable
del de Escocia, y del Anglo tan sumiso¹⁰,
que caber en sus lindes no le es dable.

No el ocioso deleite será omiso¹¹,
ni del de España allí, ni del Boheme,
que el valor nunca conoció, ni quiso.

Veráse allí del cojo de Saleme¹²
con un uno contar las obras buenas,
cuando las malas contará una *eme*.

Sus hojas de avaricia estarán llenas
del que impera do el Etna tiene el lecho,
y Anquises terminó sus largas penas¹³.

Y para hacer saber su ánimo estrecho
será allí escrito, en letras abreviadas,
que hagan mucho expresar en parvo trecho.

Y las obras veránse allí malvadas
con que dejan el tío y el hermano
su estirpe y dos coronas deshonoradas¹⁴.

Y allí del portugués¹⁵, del Norvigiano¹⁶,
y del de Racia¹⁷ el nombre inscribiráse,
que el cuño contrahizo veneciano.

¡Hungría cuán feliz, si no dejase
que la rigieran mall! ¡Feliz Navarra,
si el monte que la cerca en torno armase!

Todos tened de mi verdad por arra,
que ora gimen Nicosia y Famagusta
por la bestia que clávaes la garra
que al flanco de otros pueblos ya se ajusta¹⁸.—

CANTO XX

El águila vuelve á hablar, y hace el elogio de algunos antiguos reyes que han sido justos y virtuosos; y en seguida explica á DANTE cómo varios personajes que no han conocido la fe cristiana han obtenido un lugar en los cielos.

Cuando el que al mundo todo alto ilumina
del hemisferio nuestro ya descende,
y el día por doquiera se termina,

el cielo, que antes dél sólo se enciende,
alumbrado aparece repentino
por luces muchas, en la que una esplende.

Y este recuerdo á mi intelecto vino,
cuando el signo del mundo y de sus Duces,
del pico puso fin al són divino.

Todas esas entonces vivas luces,
aun más luciendo, comenzaron canto
que tú, débil memoria, mal produces.

¡Oh dulce amor, velado en brillo tanto,
cual brillas en las chispas eternas
sólo animadas del pensar más santo!

Cuando las caras joyas celestiales,
de que va el sexto globo esplendoroso,
suspendieron sus timbres divinales,

de un río pensé oír el són ruidoso,
que claro baja y entre losas gira,
de su cauce mostrando lo copioso.

Y cual toma del cuello de la lira
fuerza el sonido, y cual en flauta opera
por los puntos el aire que ella aspira,

así impaciente de mayor espera,
del águila salióse el murmurío,
sus por el cuello, cual si hueco fuera.

Voz de allí se formó, que luego brío
toma del pico, y la palabra aborta
que ansiaba el pecho, y que escribí en el mío.

—La parte que al sol mira y le soporta
(ella dijo) en las águilas mortales,
que ora en mí veas con fijeza importa.

Porque, de las que danme formas tales,
las que hacen ojo, de mi pico á orilla,
son la flor de los grados celestiales.

El que así cual pupila en medio brilla,
fué el cantor regio del Espirtu Santo,
que el arca transportó de villa en villa.

Ora el valor conoce de su canto;
que si atrición vivísima aconseja,
aquí recibe el premio de su llanto¹.

De los cinco que en arco hacen mi ceja,
el que más cerca de mi rostro mora,
por el hijo á la viuda alivios deja².

Cuán caro cuesta al fin aquí avalora
á Cristo no seguir, con la experiencia
de la vida de abajo y la de ahora.

Y el que forma tras él circunferencia,
do el arco que ya dije en alto gana,
y que alargó el vivir por penitencia³,

hoy ve que la Justicia soberana
no cambia, porque logre digno ruego
que lo que hoy debió ser, llegue mañana.

Conmigo y con la ley el que está luego⁴,
con fin bueno, que males ha causado,
por ceder al pastor, hízose griego.

Ora ve que el mal fruto que ha brotado
del bien que pretendió no le es nocivo,
aunque el mundo por él yazca arruinado.

Y el que brilla del arco en el declivo
fué Guillermo⁵: el país muerto le llora
que aun á Fadrique: á Carlos llora vivo.

Del cielo el grande amor conoce ahora
hacia los reyes justos, que se pinta
bien en la ardiente luz que le decora.

¿Quién creyera en la vida allá distinta
que Rifeo el de Troya⁶, en el redondo
de las almas de luz, fuese la quinta?

Ora conoce bien lo que es muy hondo
á humano alcance de la diva gracia,
aunque no llegué con su vista al fondo.—

Como alondra en el aire en que se espacia
se deshace gorjeando, y luego cesa,
con el último largo quiebro sacia,

así la imagen parecióme impresa
por el placer eterno, á cuyo fallo
cada cosa es cual es, sola y expresa.

Y aunque en mis dudas, transparente me hallo
como el vidrio al licor que en él reside,
ya con gran pompa mi impaciencia acallo.

Mas mi boca: ¿*Qué cosa es esa?* expide,
cual suelto peso á declinar propenso;
y aquí el corusco de las chispas vide.

Y con ojo de luz, aun más intenso,
el beato signo respondiome ardiente,
por no tenerme en admirar suspenso:

—Veo que en eso crees solamente
por mi aserto, y su esencia te es dudosa;
con que si te es creído, no patente,

haces como el que sabe alguna cosa
bien por el nombre, y el por qué no alcanza
si otro no se la explica y la desglosa.

De ardiente amor y vívida esperanza
regnum cælorum sufre una violencia,
que inclina del Bien Sumo la balanza,

no cual hace hombre á hombre resistencia:
vécele porque él quiere, y el vencido
vence por su bondad y su clemencia.

Maravilla en mi ceja ver te ha sido
primera y quinta luz, y te ha pasmado
que á la región angélica han subido,

mas no el cuerpo gentiles han soltado,
sino cristianos ya, su fe rindiendo,
uno al que han de clavar: otro al clavado⁷;

y una alma el cuerpo recobró, saliendo
del Orco do volver al bien no es uso,
y eso de alta esperanza⁸ premio siendo:

alta esperanza que las fuerzas puso
en las preces á Dios para ganarla,
ablandándole al bien que se propuso.

Y esta gloriosa luz que aquí se dice
vuelta al cuerpo en que sólo estuvo un tanto,
creyó en el que la pudo hacer felice,

y creyendo, encendióse de amor santo
en fuego tal, que á la segunda muerte
digna fué de venir á este almo encanto.

La otra, por gracia del caudal que vierte
tan profundo sus linfas, que criatura
nunca el origen de su curso advierte,

puso abajo su amor, por derecha,
en que de gracia en gracia Dios le abriera
la vista á la alta redención futura.

Y creyó en ella; y desde entonces le era
hediondo el paganismo y sus engaños,
reprendiendo al que en vicios persevera.

Y le inmergieron en los divos baños
las tres que viste en la derecha rueda,
antes de bautizar más de mil años⁹.

¡Oh predestinación, cuán lejos queda
tu raíz del alcance al cual medido
ver todo el primer Móvil se le vedal

Y tú, pobre mortal, sé comedido
en juzgar; que á nosotros, que á Dios vemos,
aun todo electo sér no es conocido.

Y esta ignorancia por feliz tenemos,
porque el bien nuestro con el bien se acrece
de que lo que Dios quiere, eso queremos¹⁰.—

Así aquel signo divinal me ofrece
la suave medicina que mi vista
turbia y débil aclara y fortalece;

y como á buen cantor buen citarista
sigue con el tañer de su hábil cuerda,
y así mayor deleite el canto aquista,

así mientras habló, se me recuerda
que vi que las dos ánimas benditas,
cual movimiento de ojos se conuerda,
movían, á su hablar, sus lumbrecitas.

CANTO XXI

Sube DANTE desde el cielo de Júpiter al de Saturno. Allí encuentra á los que se han dado á la vida contemplativa, y ve una escala altísima, cubierta de una porción de substancias. San Pedro Damiani responde á diferentes preguntas que le hace el Poeta.

Fija otra vez mi vista en el semblante de Beatriz, y con ella el alma entera, de toda otra intención me hallé distante¹.

No reía su faz:—Pues si riera (me dijo), harías cual Semele el día que montón de cenizas se volviera².

Porque sabrás que la belleza mía, que según más se sube más se enciende por la escala eternal que al cielo guía,

tanto, si no se temple, viva esplende, que tu mortal potencia á sus fulgores fronda sería á quien el rayo hiende.

Ya en los séptimos te hallas resplandores, que bajo el pecho del león potente, con su virtud mitigan sus ardores³.

Tras tus ojos aquí fija la mente, y de ellos haz espejo⁴ á la figura que en este espejo te será patente.—

Quien supiese cuál era la pastura de mis ojos en ver el rostro amado, cuando hube de ocuparme de otra cura,

saber podría si gozar me es dado, á la rectora mía obedeciendo, al compensar aquél con este agrado.

Dentro el cristal que, al mundo circuyendo, lleva el nombre de aquel su caro guía que acabó con el mal, la paz trayendo⁵,

de áureo color do rayo traslucía, vi una escala que tanto se elevaba, que seguirla mi vista no podía.

Y vi que por sus gradas luz bajaba tanta, que imaginé que cuanta lumbre resplandece en los cielos, se apagaba,

y cual cornejas por natal costumbre la pluma al alborear todas avientan, por sacudir su helada pesadumbre;

y luego, á no volver, unas se ausentan, y otras retornan al lugar pristino, y otras do están girando, allí se asientan;

así el hacer me pareció divino del resplandor que andaba unidamente, hasta que á cierta grada á parar vino.

Y el más junto á nosotros tan luciente
se puso, que decía yo, pensando:
—Bien veo que amor grande por mí siente.—

Mas la de quien espero el cómo y cuándo
del decir y el callar era en reposo,
y así venzo mi gusto y no demando;

con que ella, que me vía silencioso
en el ver del que á todo ver precede,
díjome:—Sacia tu querer fogoso.—

Y empecé yo:—Mi merecer no puede
sólo de tu respuesta hacerme digno:
mas por quien demandar se me concede

(¡espirtu beato! á quien envuelve el signo
de alegría en redor), la causa amena
cuenta que á mí te acerca tan benigno:

y di por qué este globo no se llena
del concierto feliz del Paraíso,
que tan devoto en los demás resuena.—

—Mortal tienes (repuso) como el viso
el oído también: aquí no hay canto,
por igual causa que en Beatriz no hay riso⁶.

De la escala divina bajé tanto,
porque mi hablar cual fiesta te halagara,
y el resplandor que me circunda santo.

No que me impulse á mí virtud más rara,
que tanto amor y aun más hierva allá arriba,
como el lucir creciente lo declara.

Mas la alta caridad que nos cautiva
en servitud del que eternal gobierna,
aquí sortea y de-elección nos priva⁷.—

Y dije:—Veo bien, sacra lucerna,
que aquí de libre amor el ejercicio
basta á llenar la Providencia eterna.

Mas aun no alcanza á comprender mi juicio
por qué predestinada fuiste ahora,
sola entre tus consortes, á este oficio.—

Y aun mi voz lo postrero no decora,
cuando hace la luz eje de su centro,
girando en sí cual rueda voladora.

Después dijo el amor que estaba dentro:
—Desde el alto divina luz me enfila,
por la luz penetrando en que me encuentro;

cuya virtud visual la mía afila,
y tanto me alza sobre mí, que veo
la suma esencia, de la cual destila.

De aquí procede el gozo en que chispeo;
porque á la vista mía, aunque es tan clara,
este fulgor se junta de mi arreo.

Pero del cielo el ánima más clara,
el serafín que á Dios más fijo pace,
no á la pregunta tuya contestara;

pues lo que tú demandas, tanto yace
del estatuto eterno en el abismo,
que no hay creada vista que lo abrace.

Y cuando bajes, cuéntalo tú mismo
allá, no hierva en presuntuoso anhelo
por elevarse á tanto el humanismo.

La mente que aquí es luz, humo en el suelo;
conque no extrañes si el mortal no mira
lo que el alma no ve que exulta el cielo.—

Su acento así, que á limitarme tira,
cortó el discurso, y de respeto lleno,
sólo á pedir quién es mi labio aspira.

—De Italia entre uno y otro golfo ameno⁸,
no lejos de tu patria, tan osado
se alza un monte, que abajo ruge el trueno,

y un promontorio en él, Catria llamado.
Consagrada, sobre él, hay una ermita
donde el culto verdad sólo es usado.—

Por vez postrera el ánima bendita
así dijo, y después:—Allí tan vivo
mi celo en su servicio se ejercita,

que con pasto del jugo del olivo,
fácil pasaba del invierno el luto,
dichoso en mi pensar contemplativo.

Ese claustro á estos cielos gran tributo
solía entonces dar, en yermo vano
hoy vuelto se ha de ver, pobre y sin fruto.

En ese sitio fuí Pedro Damiano,
cual Pedro pecador luego en la casa
de María, en la orilla del Adriano⁹.

Era mi vida ya bien corta y lasa,
cuando al sombrero aquel fué mi destino,
que de mal á peor hoy siempre pasa.

Cephas, y de elección el vaso fino¹⁰
al mundo vienen, y descalzos vagan,
y toman de doquier su pan mezquino:

mas los pastores de hoy sólo se pagan
de que los upen de uno y otro canto,
(¡tan crasos van!) y que sostén les hagan;

y el palafren gualdrapan con su manto,
con que á dos bestias cubre una mantilla...
¡Oh paciencia de Dios, que sufres tanto!—

A esta voz, vi infinita lumbrecilla
bajar de grada en grada, y revolverse,
y que más linda á cada vuelta brilla.

Y al lado de Damián las vi ponerse;
y dar un grito de sonar tan lleno,
que acá nada hay que pueda parecerse,
y que yo no entendí, sordo del trueno.

CANTO XXII

En el planeta Saturno encuentra DANTE á san Benito. Sube y entra en seguida en el signo de Géminis en la octava esfera, que es el cielo de las estrellas fijas.

De estupor lleno, á la rectora mía
me volví, cual rapaz que se recoge
siempre al amparo de que más confía,

y ella, cual madre que en su seno acoge,
al de pronto espantado pequeñuelo,
con acento que el ceño le descoge,

me dijo:—¿Pues no ves que este es el cielo?
¿Y no sabes que el cielo todo es santo,
y lo que se hace en él es por buen celo?

Cuál te habría turbado antes el canto
y mi reir, juzgar aquí pudieras,
pues un grito no más te aturde tanto.

En el que, si entendido el ruego hubieras,
el castigo sabrías que se guarda,
cuyo efecto has de ver antes que mueras¹.

Que la espada de acá no es presta ó tarda
sino á juicio de aquel á quien contrista,
ó á quien ansioso con placer la aguarda.

Mas que ya tu atención á otros asista;
que almas verás bien nobles, de improviso,
si donde te diré fijas la vista.—

Los ojos puse yo donde ella quiso;
y vi cien esferillas, que embellece
de su junto brillar el mutuo riso.

Yo estaba como aquel que en sí adormece
la espuela del deseo, y que no alienta,
porque pedir de sobra le parece.

Y hacia mí la más grande y luculenta
se adelantó de aquellas perlas caras,
para dejar mi voluntad contenta.

Y escuché dentro de ella:—Si pesaras
cual yo la caridad que en nos responde,
tiempo há que tus conceptos revelarás.

Mas porque tú, esperando, el llegar donde
es tu alto fin no atrasas, doy respuesta
á la idea que tu ánimo así esconde.

El monte que á Casín tiene en su cuesta²,
mansión en otros tiempos tuvo encima
de una engañada gente y mal dispuesta.

Y el primero fuí yo que alcé en su cima
el nombre que en la tierra hizo fecundo
el signo de verdad que nos sublima.